





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2012, Edna Iturralde

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-348-3

Derechos de autor: 044389

Depósito legal: 005157

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2012

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Mayo 2016

Décima segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración de portada: Sofía Romero

Actividades: Cecilia Velasco

Corrección de estilo: Angélica Peñafiel (libro) y María de los Ángeles Boada (actividades)

Diagramación: María Isabel Castellanos

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Las muchachas de la lluvia

Muestra  
promocional  
no autorizada  
© Santillana  
Edna Iturralde

loqueleto



*¿Quién, en fin, al otro día,  
cuando el sol vuelva a brillar,  
de que pasé por el mundo,  
quién se acordará?*

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Rimas*

## Índice



Capítulo I .....	11
Capítulo II .....	17
Capítulo III .....	25
Capítulo IV .....	37
Capítulo V .....	47
Capítulo VI .....	55
Capítulo VII .....	63
Capítulo VIII .....	69
Capítulo IX .....	75
Capítulo X .....	85
Capítulo XI .....	91
Capítulo XII .....	95
Capítulo XIII .....	99
Capítulo XIV .....	107
Capítulo XV .....	111
Cuaderno de análisis .....	121

## Capítulo I



Krakus terminó de arreglarse con el maquillaje que había escogido, copia del héroe vampiro de la película *Crepúsculo*: la piel de un color blanco enfermizo, los ojos delineados con lápiz, bordeados por sombras oscuras, y los labios untados de brillo rojo. Peinó el cabello teñido de rubio, lo sacudió, y con los dedos volvió a despeinarlo ligeramente para lograr el efecto deseado.

11

—¿Qué te parece, Daisy? ¿Te gusto? —preguntó a la muchacha que sonreía desde una fotografía enmarcada que había colocado en la jabonera.

Al hacer aquella pregunta, sus pensamientos se abalanzaron desde la montaña de su pesadilla como bicicleta sin frenos.

*¿Dónde estás, Daisy? ¿Dónde? ¿Dónde?*

Krakus, temblando, se agarró del lavamanos y bajó la cabeza. Había momentos en los cuales sentía que no podía continuar, que le faltaban las fuerzas. Volvió a mirar la fotografía.

—¿Dónde estás, Daisy? ¿Adónde te llevaron? ¿En dónde puedo encontrarte? ¿Dónde? ¿Quién lo hizo? —repitió en voz alta las mismas preguntas que se había hecho las últimas seis semanas—. ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién...?

Con cada interrogante golpeaba el espejo utilizando una esquina del marco que sostenía la sonrisa de Daisy.

En los pedazos que quedaron adheridos a la pared, el rostro de Krakus se reflejó como un rompecabezas creado por un sádico; ninguna pieza encajaba, todas eran dispares y absurdas. Los mechones rubios no cabían en la frente, sobre los ojos negros que se escurrían por la montaña intermitente de la nariz, que tampoco tenía manera de conectarse con el tono naranja de los labios.

12 *Van a cobrarme el espejo más de lo que cuesta. Con toda seguridad.*

Sonrió con sorna. Cientos de colmillos afilados se reflejaron en los pedazos del espejo roto. Una de las condiciones para ingresar a la Cofradía de los Caballeros Jaguar —donde lo esperaban aquella misma noche para su iniciación— era tener colmillos de felino. Esa mañana había ido donde un dentista recomendado por la cofradía que no hizo preguntas.

Krakus se anudó un pañuelo de seda negra en el cuello. Buscó en el bolso que le dieron en un almacén sicodélico y sacó una cadena de plata con remaches de calaveras. Quitó la etiqueta con el precio antes de colgársela.

*Listo. Le da un toquecito punk y además sujeta el pañuelo.*

Por la ventana observó impaciente el cielo, tratando de adivinar la hora sin mirar el reloj de su teléfono celular. Quería que anocheciera de una vez; sin embargo, el sol de Ciudad Juárez parecía detenido en el firmamento, sosteniéndose en el mismo lugar con determinación. Quizás se le hacía difícil abandonar a las mujeres en las trampas oscuras de la noche, y así se convertía en su cómplice.

Pero igual la noche llegó a la ciudad, se amontonó en las calles, en los bares y discotecas, fijándose por igual a los tacones que anhelaban bailar y a las suelas que deseaban tener alas para llegar pronto a casa y preparar la comida.

«¡Hágase la luz!», dijo la noche, y miles de bombillos resplandecientes la obedecieron.

El sol, sintiéndose culpable de ser cómplice sin querer —algo que se le había convertido en costumbre en aquella ciudad—, no tuvo más remedio que marcharse envuelto en un rebozo de nubes.

Krakus se apresuró en vestirse. Se puso los calcetines, introdujo lo pies por separado en cada pierna de los jeans y se los subió hasta la cadera. Se sentó al filo de la cama para ponerse las botas de cuero de lagarto, que de tanto caminar ya tenían agujeros en las suelas. Eran tres tallas más grandes. Introdujo la mano para confirmar que el papel periódico que rellenaba las puntas estuviera bien apretado. A falta de espejo, se miró en el vidrio de la ventana.

Siempre había sido deportista y gimnasta. Tenía los músculos de los brazos y de las piernas bien desarrollados. La espalda firme. Se miró de perfil.

*Bien, bien. Nada de protuberancias notables, ni rollos de grasa.*

—Hola, hola, un, dos, tres —dijo como si estuviera delante de un micrófono. La voz salió ronca, rasposa. La cirugía para engrosarla había sido rápida pero aún le dolía la garganta.

*Por lo que se debe pasar en esta vida...*

Krakus salió del cuarto del hotel y descendió a la planta baja.

13

—¿A divertirse, joven? —preguntó el recepcionista, un hombre de mediana edad con un ojo bizco.

Krakus trató de sonreír al entregar la llave de la habitación.

—Los jóvenes como usted pueden pasarla muy bien aquí. —El hombre lo miró con malicia—. Hay miles de mujeres bonitas, muchachitas en especial. Obreras de las maquilas, ¿sabe? Pobres, vienen en busca de lana y salen trasquiladas.

*¡Debo encontrar a Daisy! ¡Debo encontrarla!*

14

Krakus había regresado a Ciudad Juárez justamente para averiguar el paradero de Daisy. Apenas llegó fue directo a la maquila donde ella trabajaba. El vigilante, que no lo dejó entrar para hablar con el dueño, le dijo como excusa que el jefe no tenía idea de quién era quién. Que dudaba de que pidieran documentos a las obreras; que las muchachas venían, trabajaban y si no regresaban, era solamente problema de ellas y de nadie más.

Luego fue a la casa donde Daisy había alquilado un cuarto junto con otras tres muchachas, también obreras de las maquilas.

A Krakus le tomó algunas horas conversar con cada una. Al parecer, una de ellas recordaba lo que Daisy le había contado: que aquella noche iba a celebrar el cumpleaños de una amiga llamada Margarita. Pero Daisy nunca más volvió. Como ni ella ni las otras muchachas conocían a ninguna Margarita, no pudieron hacer averiguaciones.

—Margarita, como el famoso trago —había explicado una de las muchachas—. Después preguntó con coquetería si sabía que el margarita se inventó en Ciudad Juárez.

Krakus no lo sabía y tampoco le interesaba. Lo único que le importaba era encontrar a Daisy.

—La estoy buscando. Por favor, si sabes algo, este es mi número de celular. —Se lo dio apuntado en uno de los papeles engomados que llevaba para casos como aquel.

Había transcurrido un poco menos de mes y medio desde que comenzó la primera búsqueda en Ciudad Juárez, y ahora iniciaba otra. Otra diferente.

*No puedo llegar tarde. Me estarán esperando.*

Krakus apuró el paso hasta la estación del metro y bajó corriendo las gradas. Una joven, acompañada por un guitarrista, interpretaba una canción que era la favorita de Daisy. Recordó que la cantó en el bus la última vez que pasaron la frontera con El Paso, mientras la escuchaba por sus audífonos.

«Cómo decir que me partes en mil la esquinita de mi hueso, que se han caído los esquemas de mi vida ahora que todo era perfecto y algo más que eso, me sorbiste el seso... Este cuerpecito mío que se ha convertido en río... Me cuesta abrir los ojos y lo hago poco a poco, no sea que aún te encuentres cerca... El tiempo todo calma, la tempestad y la calma... Siempre me quedará la voz suave del mar... Volver a respirar la lluvia que caerá sobre este cuerpo y mojará la flor que crece en mí...»<sup>1</sup>, cantó la muchacha con tristeza.

Krakus sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos. Trató de detenerse para escuchar el resto de la canción, pero un pasajero indignado lo empujó y se quejó de que estuviera obstruyendo la entrada.

«Volver a respirar la lluvia que caerá sobre este cuerpo y mojará la flor que crece en mí...», Krakus repitió bajito la última estrofa limpiándose las lágrimas con el reverso de la mano.

15

<sup>1</sup> *Siempre me quedará*, de Bebe.



En el vidrio de la ventana pudo ver por fin su reflejo completo.  
Hizo un gesto de ferocidad enseñando los colmillos afilados.

*¿Qué puedo decir? Los vampiros están de moda.*

16

## Capítulo II



Los seis hermanos de la Cofradía de los Caballeros Jaguar, cubiertos con togas blancas —el color del más allá, de las nubes, de la eternidad—, se pusieron alrededor de Krakus para dar comienzo al ritual de iniciación.

17

Se hallaban en una cava de vinos que se notaba había dejado de ser utilizada hacía mucho tiempo en la antigua casona vacía.

La cava olía a humedad y a algo más. Krakus apenas lo percibió, pero no pudo identificar lo que era; sin embargo, le recordó a su niñez.

*¡El rancho de la abuela! Huele a gallinero.*

Un hombre de cabellos canos, corpulento, cubierto el rostro por una vieja máscara de jaguar, se colocó en la mitad del círculo.

Los hermanos gruñeron mostrando los dientes y se arrodillaron repitiendo dos palabras.

—Huey Tlatoani, Huey Tlatoani, Huey Tlatoani.

*¡Grandioso! Me mandaron a afilarme los colmillos y ninguno de estos tipos se dio el trabajo de hacerlo.*

Krakus se quedó de pie aguardando órdenes. No sabía qué esperar ni tenía idea de lo que sucedería. Pero era parte de lo que se había propuesto hacer.

El hombre de la máscara tocó a cada uno de los caballeros con su mano, aseguró que estaban curados de la mala energía y los invitó a ponerse de pie.

*¡Qué mala energía ni que nada! ¡Lo que tienen es mal aliento...!*

—Huey Tlatoani, Huey Tlatoani, Huey Tlatoani.

Extendieron la mano izquierda hacia el centro. Huey Tlatoani colocó las suyas encima de las de ellos.

—Yo soy Huey Tlatoani. En mis manos está el poder de nuestros antepasados. El poder de la pirámide...

Huey Tlatoani había sido el título del escogido, el gobernador, poseedor del poder político, militar y religioso de la cultura azteca. El Huey Tlatoani presente allí habló con voz profunda, cavernosa, pero fue interrumpido por las notas de un alegre timbre de celular.

Huey Tlatoani introdujo con rapidez una mano por debajo de la toga hasta llegar a un bolsillo de su pantalón. Sacó un Blackberry, ladró un par de órdenes y lo apagó.

—Los dioses siempre han encontrado la manera de comunicarse con los escogidos —explicó el hombre de la máscara de jaguar con modestia.

*¡Y por celular...! ¡Vaya, vaya, los dioses se han modernizado!*

—Los dioses de ahora y los antiguos se han unido para servir a quienes los necesiten —insistió Huey Tlatoani, volviendo a su posición anterior.

Krakus se hubiera reído de la pretensión de aquel sujeto de no sentir tanto miedo.

—Tú, tú, novicio. Acércate —ordenó Huey Tlatoani.

—¿Conoces Ciudad Juárez ?

Krakus contestó con su voz ronca que sí la conocía.

Huey Tlatoani lo obligó a repetirlo y se quejó del timbre de su voz. Sonaba afónico, ¿no tendría síntomas de la gripe porcina?

Krakus les contó que recientemente había tenido una operación en la garganta.

*Y es la más absoluta verdad... Además, fue una operación necesaria, pero eso no te lo contaré, payaso...*

Satisfecho con la explicación, Huey Tlatoani continuó con el ritual. Retiró un mapa que colgaba de un clavo en la pared. Se notaba que algo rojizo se había regado encima y lo habían tratado de limpiar. Lo colocó en medio del círculo, junto a los pies de Krakus. Después volvió a introducir la mano en su bolsillo y sacó una linterna pequeña de plástico. Trató de encenderla y al no lograrlo, la sacudió varias veces en la mano abierta mientras murmuraba palabrotas, hasta que un chorro de luz se proyectó en su cara obligándolo a cerrar los ojos.

—Alumbraré una superficie y tú contestarás mis preguntas —dijo en tono teatral. La luz recorrió el mapa hasta detenerse en una planicie.

—Dime qué figura de animal ves aquí —ordenó Huey Tlatoani.

Los otros hermanos comenzaron un sonsonete.

—Tres, tres, tres, treinta y tres, tres, tres, tres.

—El número treinta y tres era sagrado desde la época de los antiguos egipcios, de los..., este, caldeos, hebreos... y... los... —Huey Tlatoani se interrumpió.

*¿Qué? Parece que olvidó la lección...*

—... es decir, aún es importante porque... de las millones de estrellas que forman nuestra galaxia, son treinta y tres las más cercanas... Bueno, el número treinta y tres es

importante porque es así... —insistió dudoso Huey Tlatoani, y a continuación murmuró extrañas palabras mientras señalaba el mapa.

Krakus cayó en cuenta de que había comenzado el ritual de su iniciación. Se fijó con atención en el lugar indicado por Huey Tlatoani. En realidad, no le pareció que tenía forma de ningún animal.

*¿Y si ellos ven lo que les conviene? Se dicen Caballeros Jaguar...*

—Veo la figura de un jaguar. —Krakus contestó sin vacilar.

—¿Estás seguro? ¿No es un lagarto con las fauces abiertas?

—Tres, tres, tres, treinta y tres, tres, tres, tres. —Los Caballeros Jaguar continuaron con el sonsonete.

*Me estoy jugando el todo por el todo.*

Krakus aseguró que no era un lagarto, sino un jaguar.

—¡Míralo bien! ¡Observa su forma! ¡Yo creo que es un lagarto, y yo soy Huey Tlatoani, el sumo sacerdote que todo lo sabe!

*Gracias por decírmelo.*

—Tres, tres, tres, treinta y tres, tres, tres, tres —repitieron los hermanos que habían comenzado a caminar en círculo con las manos sobre los hombros del de adelante.

*Ajá, ahora juegan a la ronda. Esto es demasiado infantil.*

Krakus llegó a contar las siete veces que Huey Tlatoani insistió en decir que el contorno era el de un lagarto, y siete veces Krakus afirmó que era el de un jaguar.

—Hijo, tu mente no se deja convencer ni por la autoridad cuando estás seguro de algo. ¡Ese es el valor que más apreciamos! —dijo Huey Tlatoani siempre utilizando un tono teatral.

Cuando lo abrazó, llegó a su nariz otro olor que aceleró su corazón, el de una de las colonias que embotellaban en

la maquila donde trabajaba Daisy. Una fragancia que a ella le gustaba y que se la había mandado de regalo. Pero no se desprendía de Huey Tlatoani, sino de otro lugar.

*¡El perfume que usa Daisy!*

—¡Ya es el momento de ofrecer el sacrificio para que te conviertas en uno de los nuestros! —exclamó Huey Tlatoani interrumpiendo los pensamientos de Krakus—. ¡En Caballero Jaguar! ¿Estás listo para ofrecer un sacrificio a los antiguos dioses? —preguntó con voz de trueno Huey Tlatoani.

*¡Ay, no! Ha llegado el momento...*

En ese instante se escuchó el grito amortiguado de una mujer.

Krakus se tambaleó ligeramente pero se repuso y cruzó los brazos. No quería que notaran su estremecimiento.

—Sí —tosió.

—¿Estás listo? —insistió Huey Tlatoani.

*¿También me lo preguntará seis veces más?*

Krakus cerró los ojos.

—Sí —volvió a afirmar tratando de controlar sus nervios.

—Tres, treinta y... —comenzaron los hermanos.

Huey Tlatoani les indicó con un gesto que callaran y pidió que le pasaran una daga. Se trataba de un puñal de hierro cubierto de óxido verdoso.

—Es sagrado. Fue encontrado en el lugar de sacrificios —explicó.

*De qué museo se lo habrán robado...*

Huey Tlatoani ordenó que trajeran a la víctima para el sacrificio.

Otro de los hermanos abrió una pequeña puerta que casi pasaba desapercibida en un rincón de la cava.

De nuevo se escuchó el grito apagado de la mujer.

Los ojos maquillados de Krakus parecieron desorbitarse. Los labios le temblaron.

*¿Será Daisy? ¿Me encontraré con un ser humano?*

Krakus trató de no perder de vista ningún detalle, pero Huey Tlatoani le ordenó cerrar los ojos.

El olor a gallinero mezclado con la fragancia del perfume aumentó.

—¡Traed la ofrenda para el sacrificiooooo! —Huey Tlatoani repitió la orden, alargando la o. A pesar del tono teatral, Krakus sintió que la voz le traspasaba el cerebro.

Sujetó la daga con fuerza, calculando el espacio que lo separaba de la garganta de Huey Tlatoani.

*¿Estarán dispuestos a cambiar la vida de su jefe por la de Daisy si lo amenazo con la daga?*

—¡Abre los ojos a la luz poderosa de los dioses! —exigió Huey Tlatoani.

Krakus abrió los ojos.

No era Daisy.

No era otra muchacha.

Era una gallina blanca que lo miró asustada.

Huey Tlatoani la sostenía sobre el mapa, agarrada por el cuello y las patas.

El alivio que sintió Krakus fue inmenso, pero a esa sensación le siguió una terrible aprehensión. Nunca había matado una gallina.

*¡Pobrecita! Está asustada.*

Pero después de haber llegado tan lejos, no podía correr ningún riesgo. Nada debía impedirle entrar en la cofradía, allí podría averiguar algo que quizá lo llevaría al paradero de

Daisy. Trató de pensar en todos los caldos de gallina que había disfrutado en la casa de sus padres, sin ningún resultado.

—Es una gallina. No puedo matar a una gallina. —Krakus bajó la daga.

—¿Te decepciona que solamente sea una gallina? —preguntó Huey Tlatoani. A través de los agujeros de la máscara de jaguar, sus ojos de mirada malévola lo estudiaron.

*Seguramente he seguido una pista falsa.*

—Sí —repuso Krakus con franqueza—. ¿Qué sucedió con la mujer que escuché?

—Y tú, ¿qué quieres con ella? —Huey Tlatoani lo miró desconfiado.

*¿Cómo no lo pensé antes? ¿Y si la mujer que gritó es Daisy? ¿Qué puedo hacer para verla?*

—¿No sería ella mejor ofrenda que una gallina? —Krakus acentuó la palabra *ofrenda*.

Huey Tlatoani pasó la gallina a las manos de uno de los hermanos.

—¡Sinvergüenza! ¡Quedas detenido! —dijo sacando un par de esposas de su pródigo bolsillo.

Los hermanos de la Cofradía de los Caballeros Jaguar sufrieron una transformación inmediata: ahora vestían uniformes.

—¿Qué? No entiendo —protestó Krakus.

—Estabas dispuesto a hacer un sacrificio humano. Soy el jefe de la Policía Secreta de Ciudad Juárez. Esta es una trampa. Estamos persiguiendo a perversos como tú para aclarar los asesinatos de tantas jovencitas. Ahora confesarás todo lo que sabes.

—Pero yo... no soy...

En aquel momento sucedieron varias cosas: la electricidad se cortó, el perfume se hizo más intenso, una mano pequeña agarró la suya, y una voz de mujer le susurró que la siguiera.

24

### Capítulo III



—Estoy esperando una explicación —dijo Krakus.

25

La muchacha le dirigió una mirada, se alzó de hombros, le hizo un gesto irónico, se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja y continuó manejando, sosteniendo apenas el volante con dos dedos.

*Guapísima, con un pelo precioso. Tan largo y brillante. Pero no es rubio natural. Las uñas son postizas. El maquillaje exagerado. Demasiado rímel, los aretes modernos, muy bonitos...*

Manejaba sin prisa, tarareando una canción de la que apenas sabía la letra.

—Disculpa, déjame en la otra esquina... —pidió Krakus con amabilidad.

La muchacha detuvo el vehículo a raya.

—Bien, hasta pronto. Bájate que aquí no corres peligro. Por cierto, ¿a quién buscas? —se interesó en saber.

Krakus la miró sorprendido ante aquella pregunta.

*¿Cómo supo que busco a alguien?*

—Mi interés era ser parte de la Cofradía de los Caballeros Jaguar.

Ella le puso el dedo índice sobre los labios.